



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

Casas Rabasa, Santiago
El obispo Caixal y el Vaticano I
Anuario de Historia de la Iglesia, núm. 11, 2002, pp. 430-435
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35501144>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Crónicas

tagonista: él es el hijo de Guadalupe Terreros. Sus palabras a Juvencio Nava, han sido interpretadas como una proyección de la propia experiencia del autor, cuyo padre, como es sabido, murió violentamente cuando Rulfo era muy joven: «Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta»¹⁰.

Ángel ARIAS URRUTIA

Dpto. de Literatura Hispánica
Universidad de Navarra
e-31080 Pamplona
aarias@unav.es

El obispo Caixal y el Vaticano I*

La historia de la aportación de los padres conciliares españoles al Concilio Vaticano I está aún por hacer. Esta afirmación, sostenida por especialistas tales como Rafael Sanz de Diego, José Manuel Cuenca Toribio o José Goñi Gaztambide, y comprobada al examinar la historiografía existente sobre el particular, me movió a escoger para mi tesis doctoral un tema en este ámbito histórico. El Concilio Vaticano I reunía, en efecto, muchos alicientes para el investigador: por un lado, era el resultado de un esfuerzo de reflexión notable sobre la naturaleza de las asambleas ecuménicas desde la crisis conciliarista de finales del siglo XIV. Además, en el Vaticano I confluía una teología bastante madura sobre la naturaleza de los Concilios. Quizá el primer eslabón de esta teología conciliar puede retrotraerse a la recopilación ofrecida por Bartolomé de Carranza. Por otro lado, al enfocar su estudio desde la vertiente hispánica, mi tesis doctoral me acercaba a la historia eclesiástica española decimonónica y a las relaciones entre tradicionalismo y liberalismo, tan propias y características de los debates doctrinales del XIX. El enfoque desde la perspectiva hispánica, por su proximidad geográfica, me facilitaba el acceso a archivos y bibliotecas, parte fundamental de mi trabajo. Igualmente, la ecumenicidad del Concilio me ponía en contacto con las figuras teológicas y los prelados mas prominentes de ese momento, tales como Gerard Schrader, Victor Dechamps o Emmanuel von Ketteler entre otros.

10. Juan RULFO, *op. cit.*, p. 117.

* Texto leído en la defensa pública de la tesis doctoral en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, el día 10 de septiembre de 2001, ante el tribunal constituido por: Dr. Josep Ignasi Saranyana (presidente); Dr. Ramon Corts i Blay, Dra. Cristina Diz-Lois y Dr. Enrique de la Lama (vocales); y Dra. Carmen-José Alejos Grau (secretaria).

Una vez determinado el objeto de mi trabajo, quedaban por concretar el modo y mi aproximación a él. Un estudio completo del episcopado hispánico excedía con mucho el tiempo disponible y dificultaba la posibilidad de lograr una síntesis rigurosa con una mínima base científica, por lo cual me decidí a centrar la monografía doctoral en un sólo prelado español que hubiera sobresalido en el Concilio. Después de diversas catas, en las que comprobé la penuria documental e historiográfica sobre la participación de los españoles en el Concilio Vaticano I, me decidí por D. José Caixal y Estradé, obispo de Urgel.

Los motivos que me inclinaron hacia este prelado catalán fueron muy variados. De una parte, la buena organización de los diversos archivos que guardan sus escritos inéditos y mi cercanía geográfica y lingüística con la documentación conservada. De otra parte, la fortuna de contactar con D. Francisco Mestre Saura que hizo su tesis doctoral sobre la espiritualidad de Caixal. Este sacerdote de la diócesis de Barcelona, que me atendió gentilmente, me orientó sobre los escritos de Caixal, sus fuentes y el talante del obispo. Por último, su biografía dejaba entrever una personalidad apasionada tan propia del siglo XIX y su vida era un buen resumen de los aspectos más destacados de la política y de la realidad eclesiástica española decimonónica.

Lo primero que llamó mi atención, respecto a la participación de Caixal en el Concilio, fue el gran número de sus intervenciones orales y escritas, que se encuentran todas ellas recogidas en la Colección Mansi. Por este motivo, lo tomé como punto de referencia, puesto que detrás de su fecundidad se descubría una personalidad muy comprometida con la causa conciliar y atenta a los debates teológicos de su siglo. Todo ello se confirmó posteriormente durante la investigación.

Determinado ya el objeto de mi memoria doctoral, llegué a mis dos primeras conclusiones, aunque todavía provisionales: que la bibliografía y los estudios sobre este obispo no se correspondían con su importancia política y eclesial, y que su vida y sus obras y, concretamente, su aportación doctrinal al Concilio Vaticano I, merecían un profundo estudio, ya que, no existe una biografía crítica sobre Caixal realizada con criterios modernos, lo cual, por otra parte, no constituye una sorpresa visto el desvalimiento general del siglo XIX español en lo que a monografías históricas se refiere.

Ciertamente, como ya se ha dicho, la vida de este prelado urgelés tiene una gran riqueza y es, de alguna forma, un resumen del siglo XIX español (alineación con los carlistas, exilios, participación en las Cortes, oposición al gobierno liberal etc). Su aprendizaje y magisterio en la Universidad de Cervera nos muestran los métodos y enseñanza escolástica de la época en una universidad que, a pocos años de su clausura definitiva, era uno de los centros más renombrados de España. Por otra parte, la amistad de Caixal con algunos prelados y eclesiásticos, así como con figuras de primer orden en el pensamiento español del diecinueve tales como Jaime Balmes, nos permiten pulsar la lucha intelectual entre la corriente tradicionalista y el pensamiento liberal.

Algunas de sus amistades fueron muy intensas. Tal es el caso de la que le unió con San Antonio María Claret. Caixal, en efecto, puede ser considerado como el ideólogo de la «Librería Religiosa», obra apostólica promovida por Claret, que impulsó la propaganda católica en España desde 1848. Además, Caixal estuvo muy implicado en la génesis de la

Congregación Claretiana. Aunque nunca llegó a pertenecer a esta institución, por la oposición del arzobispo de Tarragona, con todo, Claret lo consideró siempre como uno de sus miembros primerizos. Después de unos años de distanciamiento, Caixal y Claret volvieron a trabajar juntos durante el Concilio Vaticano I, como queda resaltado en la tesis doctoral.

Otro aspecto destacable de la vida del obispo de Urgel es su amistad y trato frecuente con otros obispos, especialmente los de la provincia eclesiástica tarraconense, y con los nuncios de su santidad y el propio Papa, Pío IX. Su amistad con el papa se acentuó desde el último destierro de Caixal en la ciudad eterna, en 1876. Todas estas relaciones están documentadas a través de un extenso epistolario que se encuentra disperso por diversos archivos, principalmente en el Archivo Histórico de la Compañía de Jesús de Cataluña, donde se sitúa el Fondo Peyró-Caixal; y también en el archivo diocesano de la Seo de Urgel y en el Archivo Secreto Vaticano.

Igualmente, se debe resaltar su postura política que le acarreó más de un disgusto. Caixal, que vivió de cerca la primera desamortización, concibió una tremenda repulsa hacia los distintos gobiernos liberales, salvando a la persona de la reina Isabel. Esto le llevó, como a tantos otros coetáneos, a alinearse en el bando carlista, participando de forma activa en las guerras carlistas de Cataluña, como capellán de un hospital en Berga. Este apoyo a la causa del pretendiente Carlos, le valió el primero de sus destierros que le hizo recalcar en Montauban (Francia) en 1837. Allí no olvidó su tierra natal, concibiendo un plan para la regeneración de la iglesia española en conjunción con otros eclesiásticos desterrados. A su vuelta de Francia y después de unos años de intenso trabajo pastoral en Tarragona, fue consagrado inesperadamente, en 1853, obispo de la diócesis de Urgel, recibiendo también la consiguiente dignidad de Príncipe Soberano de los valles de Andorra. Esta doble titularidad tenía su significación en una época en que el poder temporal de la Iglesia entonaba el canto del cisne.

En la diócesis de Urgel destacó por su celo apostólico, por la edificación del seminario diocesano, que pervive en la actualidad, y por la fundación del «Instituto de la Sagrada Familia de Urgel». A su regreso del Concilio, en 1871, fue nombrado senador en Cortes, teniendo casi inmediatamente un importante discurso en defensa de la Iglesia española ante la presión revolucionaria de aquellos momentos. Con el estallido de la última guerra carlista, en 1873, se trasladó a Vergara donde ejerció de Vicario General Castrense con nombramiento pontificio. Esta actitud le valió su último y definitivo destierro en 1876.

Volvamos al Concilio Vaticano I. Conviene resaltar una dificultad con la que hemos topado en la investigación de este evento conciliar: la poca expectación que ha despertado el Concilio Vaticano I entre los estudiosos españoles, con la excepción de Jesús Collantes, José Manuel Gómez-Heras, Jesús Salaverri y pocos más. Esta preterición puede atribuirse a dos factores: en primer lugar, a la dificultad que entraña el estudio del siglo XIX español desde el punto de vista religioso por la íntima conexión entre lo eclesiástico y lo político. En segundo lugar, el cliché según el cual los obispos españoles apenas intervinieron en el Concilio porque apenas tenían nada que decir dada su deficiente preparación teológica, prejuicio que ha disuadido a los investigadores de dedicar tiempo a la participación española en la Asamblea conciliar.

Además, la historiografía del propio siglo XIX, fundamentalmente en manos de historiadores liberales, y las mutuas descalificaciones entre las dos facciones en que se dividió la asamblea conciliar, han contribuido todavía más a que los estudiosos dedicados a la Historia de la Iglesia contemporánea soslayen por sistema entrar a fondo en lo que fue el Concilio Vaticano I y se limiten a repetir algunos tópicos consagrados por la manualística. Y por si fuera poco, y enredando aún más la madeja, los pocos padres conciliares que la historiografía considera «neutrales», es decir, no comprometidos ni con la mayoría ni con la minoría, expresaron opiniones peyorativas con respecto al episcopado español. Sirvan como ejemplo unas palabras —que por cierto provocaron un gran escándalo al filtrarse a la prensa—, de monseñor Ullathorne, obispo de Birmingham, a John Henry Newman escritas el veinte de enero de 1870, en que el prelado inglés enjuiciaba los distintos grupos nacionales participantes en el Concilio:

«Hasta ahora los alemanes han sido los que han demostrado una mayor solidez y conocimiento exacto del tema que se trataba. Los húngaros nos han deleitado por la fluidez y agilidad con que usan el latín como si fuera su lengua vernácula. Los franceses, con dos excepciones muy notables, han sido retóricos; pero esas dos excepciones exhibieron, uno un conocimiento firme y sólido, y el otro gran tacto y agudeza en el debate. Los norteamericanos han sido capaces y obran como hombres de negocios. Los italianos han demostrado cualidades opuestas; algunos inteligentes y con contenido, otros meros predicadores académicos. Los españoles han sido los que han tenido menos éxito, ya sea por sus juicios o por la manera de tratar los asuntos».

Otros padres opinaron sobre el episcopado español incluso con mayor dureza, como reseñé en la tesis de licenciatura. Tales padres resaltaron la gran diferencia entre los obispos españoles del Vaticano I y los teólogos españoles de Trento. En consecuencia, la valoración que los obispos españoles merecieron por sus intervenciones en el Concilio quedó estigmatizada por los comentarios de los obispos extranjeros, como bien refleja una frase de un miembro de la curia vaticana, el arzobispo de Nisibi, monseñor Vincenzo Tizzani: «el episcopado español actúa como una formación monolítica a favor de la Infalibilidad, demostrando una gran fe solo comparable a su poca ciencia». Estas apreciaciones simplistas pasaron luego a la historiografía tradicional, más o menos matizadas según el interés del historiador. Aunque, la aportación de los obispos españoles no fue de un primerísimo orden, cabe decir en su descargo que la mayoría de los padres conciliares no brillaron precisamente por sus desarrollos teológicos, salvando quizá a algunos relatores y teólogos oficiales del Concilio. Frente a este estado de opinión, que me parecía injusto, en mi memoria doctoral he querido resaltar los aspectos positivos de la aportación española al Concilio Vaticano I, no sólo desde el punto de vista doctrinal sino también desde la vertiente política del Concilio, con sus diversas tramas y maniobras que supusieron, en muchos casos, la base para una posterior discusión en el aula conciliar de algunos temas trascendentales.

Paso a comentar la bibliografía empleada. Esta investigación me ha puesto en contacto con algunos de los grandes historiadores eclesiásticos, como Roger Aubert, Michele Maccarrone, Giacomo Martina o Klaus Schatz en el ámbito extranjero, y Jesús Martín Tejedor, Vicente Cárcel Ortí o José Manuel Cuenca Toribio en el peninsular. Todos han enriquecido mi reflexión personal y me han permitido observar el diverso talante con que se

afrontan los mismos temas. He comprobado una vez más que las grandes visiones históricas de conjunto, a las que tanto debemos, permiten enjuiciar en su justo valor las pequeñas historias particulares y los acontecimientos parciales que componen la compleja estructura de los hechos históricos. De igual modo, he podido calibrar la gran diferencia que media entre las aproximaciones históricas de los historiadores contemporáneos y las síntesis redactadas ya en el siglo XIX.

Pasemos a los comentarios de los historiadores sobre José Caixal. Los historiadores que han tratado el Concilio desde el punto de vista meramente positivo o factual, atendiendo, por tanto, más al desarrollo de los acontecimientos históricos que a los debates doctrinales, han juzgado el actuar de Caixal y de los restantes prelados españoles también negativamente, sin justificación suficiente. Georges Dejaivfe, Victor Konzemius, Conrad Butler o el mismo Roger Aubert no han sabido valorar, a mi entender, en su justa medida la participación de los españoles en el Concilio. Por el contrario, los historiadores de la teología, presentan un análisis más sereno de lo que fue el debate conciliar. No se entretienen en el estudio sociológico de mayorías o minorías, de grupos de presión, sino que van más directamente a las aportaciones teológicas de los padres conciliares. Aunque estos historiadores de la teología no consideran a los españoles como los protagonistas del debate teológico, protagonizado más bien por los prelados centroeuropeos y por los relatores de las Diputaciones, valoran especialmente la contribución de Caixal a las discusiones sobre la *Dei Filius* y la *Pastor Aeternus*. De todos los historiadores de la teología del Vaticano I, que no son muchos, vale la pena recordar a Umberto Betti, Jean Pierre Torrell, Gustave Thils y, en el ámbito español, a Jesús Salaverri y a José Manuel Gómez Heras.

Entrando en los aspectos archivísticos debo decir que la búsqueda de documentos en los archivos eclesiásticos ha sido uno de los aspectos más gratificantes de mi trabajo. Esta indagación fue muy fecunda, tanto por lo que supuso de experiencia personal en el manejo de los fondos antiguos y en la investigación científica, como por las relaciones personales que he podido establecer con los celosos administradores de estos acervos documentales. Hemos sacado a la luz todos los documentos de Caixal referentes al Concilio que son de interés para el investigador o al menos hemos dado la referencia de donde encontrarlos, aunque una nueva revisión a fondo del Archivo Secreto Vaticano siempre podría deparar alguna sorpresa. En cuanto a los restantes padres españoles, la búsqueda ha sido desazonante debido al poco cuidado que pusieron los prelados españoles en conservar sus notas, apuntes o diarios; a excepción hecha de las «Notas sobre el Concilio Vaticano I» de San Antonio M^a Claret. Esta dificultad la hemos superado, parcialmente, acudiendo a las fuentes indirectas contemporáneas a los hechos. Es decir, a los diarios, cartas y notas de padres conciliares extranjeros tales como William Bernard Ullathorne, Georges Darboy, Vincenzo Tizzani, Henry Edward Manning, Ignaz von Senestrey etc... Estos diarios, una vez expurgados de prejuicios y expresiones maniqueas, ofrecen una información de primera mano sobre el *background* de la asamblea conciliar. Particularmente emotivo fue el encuentro con el diario conciliar del jesuita Giuseppe Franco, redactor de «La Civiltà Cattolica». El diario de este jesuita tiene por uno de sus protagonistas al obispo de Urgel. Este hecho es único por lo que se refiere a los padres conciliares españoles, que pocas veces son citados en escritos foráneos.

Crónicas

En cuanto a las diversas opciones metodológicas que se nos han presentado: en la transcripción de los escritos de Caixal, así como de los restantes padres conciliares, hemos optado por mantener la ortografía y la sintaxis de la época para darle más fuerza al documento. Por otro lado, hemos traducido a pie de página las citas en lengua extranjera usadas en el cuerpo de la tesis, a excepción de las citas en latín. En el apéndice documental hemos transcrito cuatro textos de Caixal relacionados con el Concilio. Aunque dos de ellos ya han sido publicados en la Colección Mansi, los hemos reproducido por su gran interés.

A lo largo de la investigación se me han abierto nuevos interrogantes, he podido desechar algunas hipótesis de trabajo y se han confirmado algunas sospechas. En definitiva, puedo afirmar que el obispo de Urgel fue una pieza básica en las relaciones entre el episcopado español y el grupo de la mayoría en todo lo que se refiere a la política conciliar; y que su aportación a los debates conciliares estuvo a la altura teológica de los temas que allí se trataron. No obstante, como es obvio, el estudio de la aportación de los diversos grupos nacionales al Concilio Vaticano I resta abierto a la generosidad de los investigadores y sobre todo de los custodios de tantos archivos, que conservan documentación de primer orden sobre la asamblea conciliar y sus protagonistas.

Santiago CASAS RABASA
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
scasas@unav.es

Las relaciones Estado-Iglesia en el Perú republicano: la polémica Vigil-Gual *

1. *Introducción*

No fue fácil, en las nuevas repúblicas independientes, forjar una nueva identidad nacional, después de las largas guerras de independencia. La crisis de autoafirmación nacional explicaría, en buena parte, las medidas antieclesiásticas que adoptaron las nuevas clases dirigentes, de mentalidad predominantemente liberal.

Francisco de Paula González Vigil fue uno de liberales más relevantes. Vigil quedó fascinado por el progreso económico de los Estados Unidos, y quiso que Perú imitase el

* Texto leído en el acto de pública defensa de la tesis doctoral titulada: *Las relaciones Estado-Iglesia en la polémica Vigil-Gual*, presentada en la Universidad de Navarra (Facultad de Filosofía y letras), el día 19 de noviembre de 2001. El tribunal estuvo compuesto por: Dr. Lucio Mijares (presidente), Dr. Enrique de la Lama, Dr. Oscar Álvarez Gila, Dr. Francisco Javier Capistegui y Dra. Pilar Latasa (secretaria).